

Su hijo es un metanexo, le dijeron a mi madre el día después del primer accidente.

Anduvimos todo el camino desde el pueblo hasta el autobús de línea, para cruzar la comarca. Luego caminamos otra vez no recuerdo ni cuánto. Lo que sí recuerdo es la mano sudorosa de mi madre agarrando fuerte la mía al llegar a aquel chamizo de Bruñeira. Y el letrero que decía “Clínica Namasté”, de latón agrietado en la puerta. Y que a mí me sangraban los dedos de los pies por culpa de caminar tanto con unos zapatos heredados demasiado pequeños.

–Conosco documento de caso igual en tribu maya al Yucatán hase dosientos años – le dijo a mi madre. Otros casos no seguros, pero el *X'men Itzamná* tenía don del vínculo extratemporal, señora Carmiña.

–Vaya nombre tan raro –dijo mi madre. Mi hijo se llama Santiago, así, a secas.

La meiga que me puso las manos sobre la cabeza, la Vedoira de latón agrietado, era una mujer, que digo una mujer, media mujer; era el suspiro del aire que se colaba por las rendijas de la puerta. Vestía una túnica blanca y nos recibió sentada en una alfombra de ratán, las piernas cruzadas y la columna vertebral tiesa como ensartada por una escoba. Si se ponía de perfil se la confundía con el hilo de humo gris que salía de las velas de los candelabros. Era esencia de ser, no sólida, ni gaseosa, sino más bien un concepto.

Mi madre primero le contó el incidente de los lobos que aparecieron muertos tras la noticia del ataque al rebaño del pastor del pueblo. “El rapaciño escribió la noticia que había leído en el periódico sobre todos aquellos corderitos descuartizados. Lo redactó todo como si fuera una noticia y al día siguiente los lobos aparecieron en la granja amontonados, secos por dentro, sin sangre ni líquido alguno”. Eso fue lo que la hizo sospechar.

Santiago se recostó en el gastado diván de aquella consulta espiritual, y continuó narrándole al Chamán la historia de su vida:

–Es importante que sepas que yo a los dos años ya hablaba a la perfección el galego y el español. Mi madre me enseñó el primero y mi padre me obligó al segundo. A los cuatro leía todo lo que pasaba delante de mis ojos y a los seis escribí mi primer cuento. Y ahí llegó ese primer accidente que te acabo de contar. Créeme, de verdad, que vi en los ojos de aquella Vedoira la misma mirada que he visto al entrar en tu santuario. Ella no le pudo proporcionar a mi madre la ayuda que le pidió, a pesar del fajo de billetes de cincuenta que le dejó encima de la mesa. Yo estoy aquí hoy convencido de que en ti sí que puedo confiar para mi misión.

–Si viene a Macchu Picchu buscando respuestas, sólo hallará más preguntas –avisó el Chamán.

–Escuché que ustedes pueden realizar “viajes” al mundo espiritual mediante estados modificados de conciencia y para recibir conocimientos, ¿no es cierto?

El Chamán Ocsu se ajustó las plumas de la corona y hundió la mirada en el tapete verde de la mesa. A sus noventa y pico años tenía alguna cicatriz de más en el honor por responder a preguntas como esa. A veces estos extranjeros traen cámaras ocultas y te emponzoñan el nombre con el veneno que escupen por la lente. En este su año de 2040 los puñales de mis antepasados que cuelgan de la pared ya no sirven de protección ante los ataques de los enemigos. Son serpientes con lengua digital. Pero este tal Santiago no parece mal chico, vamos a ver qué quiere.

–Su rapaciño solidifica los *déjà vu* –nos dijo la vieja. ¿Sabe lo que es eso?

El Chamán le pidió a Santiago que continuara.

–Yo copiaba historias que leía, que no me gustaban, y las cambiaba un poco. Vivíamos mis seis hermanos y yo en una casucha, un cobertizo grande con paredes de adobe, sin padre y con dos horas al día de madre. Las cosechas de patata, algún cochino y dos corderos que nos regalaban en la parroquia nos sacaba el hambre del gazonate, mes sí, mes no. Lo primero que cambié fue el final de aquella historia de los lobos. Sin ser realmente consciente de cómo había sucedido, me fui aficionando a leer fábulas y a reescribirlas. No sucedía nada en el mundo real, pero fue una excelente práctica para más adelante. La meiga le dijo a mi madre que los metanexos encuentran su propio camino y que a veces es mejor no estar cerca cuando lo hacen. Nada particular hizo mi madre con aquel aviso, pero dejó de hacer muchas cosas con los quinientos euros que le arañó la media meiga.

Lo que realmente me señaló el camino a los dieciséis años fue el suceso con la mujer más anciana de mi pueblo, Marixa, a la que querían desahuciar de su piso unos ricachones de A Coruña. Para el año 2008, aquella mujer se había gastado ya una vida entera a la lotería y se parecía tanto a mi abuela Rosarillo...tenía el moño recogido y las arrugas de la tortuga de la fábula de Esopo. Me dio mucha pena, así que compré un décimo con los ahorros de mi hermana y se lo dejé en el buzón de su casa. Recorté la noticia del periódico en la que anunciaban el número ganador de la lotería de esa semana y la reescribí con fecha de la semana siguiente. Al cabo de unos días se hizo la magia: “*Una anciana de ochenta y nueve años gana un millón de euros a la lotería*”.

–Reinterpretación trascendente –dijo el Chaman.

Con la adolescencia, mi afición convirtiéndose en profesión. Durante los exámenes en el colegio, sólo tenía que escribir yo en un papel las preguntas que quería, y a día siguiente aparecían en el encerado como si fuera un espejo de mi letra. ¡Qué sensación de éxito me producían las buenas notas! Algún notable saqué de vez en cuando para disimular, pero sentía que los profesores me miraban diferente. Ya no era el séptimo hermano del cobertizo. Se equilibraba la balanza de la cocina, con más pescado que patata.

A los dieciocho descubrí que mi extraña habilidad mejoró con una variante muy útil: Eric, amigo mío desde parvulario, salía con una chica, una delicada acuarela de las tardes de primavera. A esa edad le crecieron curvas por todo el cuerpo, que suspendían a uno el pensamiento. Un día, hablando con Eric por teléfono me confesó que tenía miedo de que le dejara. Sentado en la mesa de la cocina de casa, mientras él me lo narraba desde su teléfono móvil, yo iba anotando los detalles en una servilleta. Confirmé el final, en el que ella se enamora de su mejor amigo, y sin darme cuenta, a los dos días empecé a circular yo por aquellas curvas sin frenos ni remordimientos. Eric ni la echó de menos porque sus ojitos verdes le procuraron otra rapaciña más bella aún.

–Futurización metacognitiva –el Chamán, asintió, rellenó con agua caliente un mate de pico de porongo, perfectamente labrado en su madera, y removió el líquido verde con una bombilla de plata.

–Esta consulta sí que es seria, no como la de aquella Vedoira –continuó Santiago–. Madera de abedul tallada que adorna los brazos de las sillas. Caoba y lo que parece roble blanqueado formando esta elegante mesa de tres patas sobre la que reposan tus dos docenas de mates preciosos. Amanece, Chamán, y el reflejo de la primera luz de la mañana sobre el óleo de tu Wanamei –árbol sagrado– debería servirte de confirmación del cometido de mi visita. Hoy es el día del eclipse. Hoy zarpo en mi misión.

–Como te digo, la nueva variante de mi habilidad continuó dándome buenos frutos. Pero al llegar a los veinticinco, con la carrera de Ingeniero de Caminos terminada, fui consciente de una gran limitación de mi habilidad: tenía que leer o escuchar una historia de alguien para poder cambiarla. Entré en un periodo de transición en el que me dediqué a invertir en bolsa, a ganar mucho dinero fácil. ¿Por qué no? No hacía mal a nadie, eran pequeñas cantidades que poco a poco se amontonaban bajo mi almohada. Compartí con mis hermanos y mi madre, que necesitaba una buena residencia. De ser el séptimo a dirigir un

imperio en Bruñeira. Miraba donde había llegado, lo comparaba con dónde esperaba mi madre que yo llegara en la vida y dormía muy bien. Eso es la felicidad a fin de cuentas, ¿no? Expectativas y realidad en el mismo plano. Comencé a dormir aun mejor después de casarme con Irya Noss, ¿Sabes quién es? Ya te lo digo yo, una famosa modelo que en aquel entonces salía con mi amigo Eric, pero prefirió mi inteligencia y las dos hijas que le regalé. Yo sólo quería hacerla feliz a cambio del furor de sus caderas brasileñas de noche en noche.

–Adecuación inflexoria egoísta –dictaminó el Chamán. Dígame, ¿ha cambiado el curso de la historia alguna vez?

–¿Recuerdas el gol de Andrés Iniesta en la final del mundial de 2010?

–En el poblado no hemos tenido nunca contacto con el mundo exterior. Y me gustaría recordarle que las normas que aceptó al entrar eran claras: no queremos ninguna injerencia cultural ni contaminación civil.

–Entiendo. Después de lo que le pasó a nuestra hija pequeña, Nellie, comencé a hacer algunas cosas de las que no estoy seguro si la historia se resentirá. Conseguí un acuerdo muy relevante entre China y EEUU para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero ante la amenaza del calentamiento global. Ustedes viven muy bien aquí arriba, pero en el 2025 la vida a nivel del mar se licuaba en un fuego infernal. También evité la tercera pandemia vírica en 2028. ¿No llegaron hasta aquí el Coronavirus y sus veloces mutaciones?

–Y por eso ha venido –adivinó el Chamán–. Quiere que le ponga en contacto con su hija, ¿verdad?

–No, no es eso. Mi hija murió despedazada por el nuevo tren bala que construyeron los dos ingenieros más ineptos de mi promoción. Nada la podrá traer de vuelta y ya hice las paces con el pasado y me encargué de ellos. Ahí aprendí otra variante de mi habilidad que consiste en contarme a mí mismo una historia, y después reescribirla cambiándola a voluntad. Al final me convertí en narrador y editor de mi vida. Y de la de los demás por extensión. Me arrestaron una vez por estafa, pero me narré a mí mismo el final estando enjaulado unas horas en prisión y me sacaron antes de que dieran las siete. No estoy orgulloso, pero no hago daño a nadie, si es lo que te preocupa por la cara que pones.

–Se está juzgando usted, amigo mío. Yo sólo le observo.

–Es que la vida me es ya indiferente. Busco a mi hija en cada esquina del reloj que habito. Mi mujer me dejó. No tengo ni ansia ni necesidad de regresarlas. Vine a buscarte por recomendación de una terapeuta de mínima audiencia, de esas que te prometen regresiones al pasado para identificar traumas. Solo consiguió que me quedara dormido, pero al final me

habló de ti y del eclipse de sol que sucederá hoy. No te tengo que explicar los portales de viaje que se abren en esos minutos de confluencia de la noche y el día, del bien y el mal, eso ya lo sabes. Escucha, no te pido nada que te comprometa. No traigo cámaras y dejé mis remordimientos en la caja fuerte del banco. Lo único que traje hoy es un desfibrilador.

El aire del cuarto de recepciones del Chamán se desdibujó. Las paredes se juntaron, las ventanas se oscurecieron, no por arte de ninguna moderna tecnología de persianismo, sino porque el sol se ponía, dos horas después de levantarse.

–Leí mucho sobre experiencias cercanas a la muerte. Tengo la certeza absoluta de que las religiones del mundo tienen algo en común, y eso es la existencia de vida después de la vida. No podré regresar a mi hija de aquel espacio-tiempo, pero voy a desvelar al mundo la realidad que se esconde tras nuestros limitados sentidos, al otro lado. Escucha, Chamán, esto es lo que vamos a hacer: traigo escrito un pequeño relato sobre mi conquista del más allá. Relaté mi viaje a partir de un suceso extracorporal, en el que tienes un papel determinante, en este papelito. En un instante, yo sufriré un infarto de miocardio. Tú me dejarás seis minutos en estado inerte, rígido, tumbado en este suelo pulido de madera blanca. Cuando este cronómetro marque seis minutos exactos, leerás este texto y me aplicarás dos golpes de mil voltios, primero uno y diez segundos después otro.

Santiago extrajo el desfibrilador de la mochila y lo posó sobre el suelo.

–Busca una experiencia astral extracorporal, debería saber los riesgos que eso entraña.

–No hay riesgo, como seguro entendiste de mi explicación. Tengo escritos los acontecimientos. Volveré a la consciencia como está redactado en este papel y tú lo verás en primicia. Luego podrás vender a tus almas en pena esta experiencia como si la hubieras inventado tú. Nada te reclamaré como derechos de autor, descuida. Voy a ver la luz al final del túnel, voy a encontrarme con Dios y voy a regresar con las respuestas a todas las preguntas que se hacen aquellos que han perdido a seres queridos. Seré el Cristóbal Colón del más allá. Será mi contribución al matrimonio definitivo entre la ciencia y la religión.

El eclipse de sol estaba cerca de completarse y empezaba a cerrar las rendijas de la conciencia de Santiago. Llegaba el momento. El Chamán se encogía de dolor en las sienes. El suelo vibraba estrepitosamente, elevando los tablones de madera y deshaciendo los recodos de su habitáculo en nubes de algodón. El eclipse total ancló la oscuridad en el espacio inerte del salón. Santiago convulsionaba. Ya no olía el mate. Se retorció en jirones de dolor cubriéndose el pecho con las manos. De pronto se abrió ante sus ojos un camino

flanqueado por dos breves arroyos a los lados y se encontró avanzando por él, acarreado ese mal que le perforaba el corazón. Al final, el camino se fundía en un jardín diáfano, sobre el cual le pareció que descansaba la impasible quietud del silencio universal. En su centro, una fuente llena de apagado murmullo se evaporaba en el éter, como un espejismo. Una escultura de mármol pulido en su centro, representando una mujer blanca de líneas invisibles, sostenía con el brazo extendido una jarra de boca estrecha y base amplia, abombada. Vio Santiago como el agua etérea de los arroyos fluía hacia la fuente como niebla ascendente, una vez dentro de ella subía hacia la jarra sin velocidad ni tiempo y se introducía en esa vasija como un suspiro de humo. Todos sus sentidos percibieron el aura de inmortalidad que trascendía de esa fuente, de esa agua, del jardín y la jarra de niebla. Había llegado.

A los seis minutos la luna liberó al sol de su mancha, que iluminó de nuevo los mates brillantes de la mesa con sus rayos de luz. Encorvado de dolor, agarrado el papel entre filamentos de hueso, Santiago cayó tendido en el suelo con un golpe seco. El Chamán recogió el papelito del suelo y se lo entregó a la figura que emergió de la oscuridad de detrás de la puerta.

–La soledad ser purgatorio de la avarisia, señor Eric.

© Rafael Echevarria Olabarria, 2022